

"DIVAGACIONES DE UN ALMA CAUTIVA"

Instituto "La Puerta Entreabierta", julio 4 de 1938.

Estimado doctor Iturriberrigorri:

Disculpe que le moleste con estas divagaciones de un alma cautiva. Usted ya ni se acordará de mí. Yo soy el idóneo de la farmacia de la esquina de su casa, es decir, era... Hasta que se me dió por hacerme el loco, con tanta habilidad que los convencí a todos. ¡Pensar que a lo mejor usted no se acuerda de mí! ¡Y yo que tan bien lo recuerdo, que tan bien le conocía las siete recetas favoritas y únicas tuyas! Daba gusto trabajar para usted. Yo veía su membrete y las primeras palabras, y ya estaba; no hacía falta descifrar toda la receta. Y ahí comenzó mi vía crucis. Cuando vi la receta que empezaba con "belladona", yo dije: ¡zas!, la número 8, y voy y la hago. ¡Qué lío que se armó! Me acuerdo que estaba encaramado en el último estante y el patrón me quería comer crudo. Estaba hecho un antropófago. Le tiré como 40 cajas de píldoras calmantes por la cabeza, y nada. También, doctor, ¿cómo, después de 10 años de adherirse fiel y lealmente a sus siete cabalitos de batalla, cómo no le avisa a su amigo, el idóneo en farmacia?

Yo no quiero decir que usted tenga la culpa, pero, en fin, las circunstancias ayudaron, y usted alguna intervención tuvo. Por eso le pido que usted me ayude en esta encrucijada.

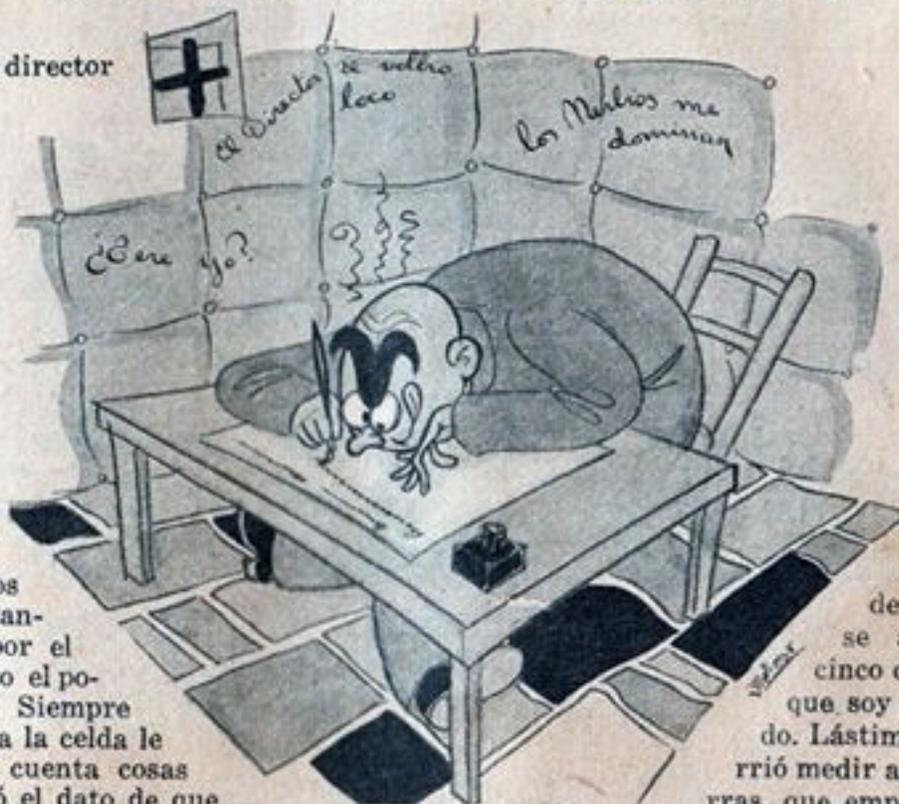
No es que esté mal aquí. El gallego Eduvigio es un rico tipo. No es malo. ¡Y es de vivo! Siempre encuentra dónde escondí los cigarrillos.

También el director es muy amigo mío. Estamos escribiendo juntos una obra — que firmará él sólo, claro, por razones políticas — titulada "Contribución al estudio de la esquizofrenia pura". Es muy instructivo. Todo el mundo debía tenerlo en la cabecera de su cama. Reemplaza con ventaja a las pastillitas calmantes a base de barbitúricos que usted solía recetar. Además, el director, siempre que tiene una duda, viene a consultarme, y en muchos de sus libros agrega una muestra de mi escritura, que parece que tiene un alto valor grafológico.

La última vez que vino el director a charlar conmigo, le dije:

—No se olvide, doctor, que todos vamos a parar al mismo punto. Lo que pasa es que yo me fui por la hipotenusa y usted se anda por los catetos.

¡Cómo se rió! Reía como un loco. Tanto que me alarmé (y pensé si no estaría usurpando mi puesto). Le va a hacer mal reír tanto. Le tuve que pegar, hasta que Eduvigio me lo quitó y se lo llevó a la enfermería (no a visitarla ciertamente). Amigos no me faltan. Mi vecino Pantagruel — le llaman así por el apetito — es medio colifato el pobre, pero buen muchacho. Siempre cree que está embarcado y a la celda le llama "mi camarote". Me cuenta cosas útiles. Vez pasada me sopló el dato de que el médico interno y otro doctor que andaba de visita, hablaban de mí y decían que si yo seguía así pronto me iba a volver un "desequilibrado". Pero yo fui más listo que ellos. ¡Cualquier día me van a madrugar a mí! Desde entonces ando siempre con dos pesos en níquel, en una bolsita atada al pescuezo; un pedazo de plomo en el bolsillo del saco y dos arandelas de bronce, bastante pesadas, en los tobillos. Es muy importante mantener el equilibrio. La gente no se da cuenta, pero yo soy un gran equilibrista. Como que era yo el que hacía el presupuesto todos los meses en casa. A propósito de presupuestos, si lo ve al patrón de la farmacia, dígame que no se haga el loco y que me mande los \$ 4.50 que me debe. Algún día voy a perder la paciencia y voy a contar a medio mundo que cuando no podían leer las recetas del médico le ponían de ese



líquido verde que hay en el frasco grande que está en el medio del mostrador.

Voy a tener que "empezar a terminar", porque se me están acabando las palabras. No digo las más, sino las que se pueden mandar en una carta. Porque no sé si usted sabe que, de un tiempo a esta parte, en el correo abren todas las cartas y cuentan las palabras, para

ver si no mandan de más, para que no

se aprovechen de los cinco centavos. Menos mal

que soy muy medido en todo. Lástima que no se me ocurrió

medir aquella receta de marras, que empezaba con belladonna.

Me hubiera dado cuenta de que tenía un centímetro más de texto que las otras. Pero, como le digo, ya se me acaba el cabestro. He contado las palabras tres veces y no hay error. Estoy perfeccionando un aparato contador de palabras, que va a tener mucha aceptación con las nuevas reglamentaciones puestas en práctica en el correo.

Bueno, y pongo fin. Le digo como Hugo: "Hasta mañana, aunque sé que nunca más volveré a verlo, hasta que en una tarde romántica y lèjana, al mismo claror suave de mi pupila inerte, nos unamos de nuevo, más allá de la muerte".

Le estrecha las manos muy equilibradamente su infortunado amigo,

UMPAH PAH.